

El indio y el negro, su ser y su circunstancia, constituyen temas dominantes y elementos imprescindibles del rico mosaico literario del continente latinoamericano. Los conflictos socio-culturales de los que han sido víctimas estos dos grupos étnicos han dejado sus huellas imborrables en la literatura hispanoamericana.

Otro grupo, mucho menos numeroso, pero sin embargo, ejemplo por excelencia de la interacción dinámica entre los factores sociológicos, psicológicos y literarios, lo representa la colectividad judía, específicamente la de la Argentina del siglo actual, la más grande del continente latinoamericano. La obra literaria de los autores de ascendencia judía es un aporte significativo, el cual nos ofrece una nueva perspectiva a la visión del hombre que lucha por sobrevivir en su ambiente. Claro que no todos estos autores tratan temas judíos, pero los que sí lo hacen nos permiten descubrir e intuir una nueva nota, hasta ahora desconocida por muchos lectores.¹

Aunque había casos aislados de inmigración judía durante el período colonial y después de la Independencia, principalmente por parte de los sefardíes, no aparece una literatura verdaderamente hispano-judía hasta el siglo xx, y esto, gracias a la llegada de los judíos *ashkenasis*, es decir los de la Europa oriental.² Muchos de éstos huyeron de Europa como resultado de las persecuciones en la Rusia del zar a fines del siglo pasado. Gracias a las actividades filantrópicas del Barón Mauricio de Hirsh, de Baviera, se fundaron en las provincias argentinas de Santa Fe y Entre Ríos varias colonias agrícolas. Aquí llegaron las víctimas de los "pogroms" para empezar una nueva vida. Así surgieron los primeros colonos judíos de Hispanoamérica, y de esta primera generación de "gauchos judíos" nacieron los escritores que enriquecieron con sus obras el libro argentino.³

¿Cuáles son los temas que se encuentran en la obra literaria de estos autores y de los que siguen después? En primer lugar, como es de esperar, el tema del agradecimiento, del amor a la Argentina por haber ofrecido esta oportunidad de salvarse y de renovarse; aunque dicho sea de paso que en el país mismo había oposición a estas colonias judías, y no faltaban "pogroms" tampoco, como por ejemplo en mayo de 1910, y en enero de 1919, durante la "semana trágica."⁴

Otros temas, como consecuencia natural de la inmigración y característica típica de los problemas que enfrentan al "hombre marginal," abarcan el ajuste de los recién llegados a su nuevo ambiente, y sobre todo a sus nuevos vecinos. En el caso específico del judío, es aun más complicado el asunto: problemas de asimilación frente a la lucha por parte de la vieja generación por conservar los valores culturales y tradicionales.

El primer nombre que se nos ocurre mencionar, nombre muy bien conocido, es el de Alberto Gerchunoff, de

quien ya tenemos una bibliografía impresionante. Gerchunoff es el gran patriarca de la temática judía en la Argentina, aunque es preciso notar que la mayor parte de su producción literaria se dedica a temas no judíos. Nacido en Rusia, llega a la edad de siete años a Móisesville, en Santa Fe, donde ocurre la tragedia que tanto afecta al chico: su padre es asesinado por un gaucho "malo." La familia se traslada a Entre Ríos, y el joven Alberto es iniciado en las faenas de la colonia, así como en las viejas tradiciones e historias de la comarca, relatadas por los gauchos buenos.

Fruto de estas experiencias juveniles es su primer libro de reminiscencias, *Los gauchos judíos*.⁵ Escrito con un espíritu lírico, esta colección de viñetas combina cierto sabor bíblico y tono arcaizante con expresiones castizas cervantinas. Las páginas traen a la memoria los libros del Antiguo Testamento; se funden las tradiciones hebreas y gauchescas. Existe una hermosa armonía recíproca entre el criollo y el judío. Gerchunoff canta su agradecimiento a la tierra hospitalaria, al nuevo Sión. Evoca las palabras de su padre: "Ya no verás cosacos en la Argentina. La Argentina es un país libre, una república."⁶ Todos los matices emotivos de los cuales es capaz el ser humano se encuentran en el libro: el humor, lo patético, lo trágico, la ironía. Por ejemplo, en "El candelabro de plata" el viejo Guedalí está rezando el viernes por la noche para dar la bienvenida al sábado. De repente aparece en la ventana abierta una cara, y luego una mano que coge de la mesa el candelabro de plata. Guedalí no interrumpe sus oraciones por no querer profanar el sábado. Sigue mirando al ladrón con una desesperación tranquila. Unos momentos después entra en el cuarto su mujer y se da cuenta del robo. Empiezan los lamentos y ella le pregunta a gritos: "¿Y no estabas ahí...?" Y Guedalí susurra "reposadamente, como quien intenta persuadir de que ha cumplido con su deber... 'Yo le advertí que era sábado...'" (p. 173).

Pero no está tranquilo todo en la colonia. Como en todas partes dondequiera que haya gente, tienen que surgir los conflictos inevitables—entre judío y criollo, entre judío y judío. Ya ha pasado medio siglo desde la publicación de *Los gauchos judíos* y aparece en el escenario Natalio Budasoff, quien escribe también una serie de reminiscencias de su vida en un rancho de Entre Ríos. Conoce bien la ruda tarea de peón de campo; trabaja igualmente en el Valle del Río Negro y en los puertos de Bahía Blanca. Budasoff es uno de los jóvenes que se quedó en la colonia a pesar de que muchos de sus compañeros la dejaron con rumbo a Buenos Aires.

En su obra intitulada *Lluvias salvajes*⁷ describe la tirantez que existe entre el rico y el pobre, la envidia criolla nutrida por un antisemitismo latente, lo antipático que es el administrador burocrático de la agencia colonizadora. Pero también hay elementos positivos: momentos de belleza, ternura y bondad. Un ejemplo no más, y algo raro:

los niños judíos, naturalmente, estudian el castellano en la escuela de la colonia. Pero los chicos cristianos que asisten a la misma escuela, aprenden a leer el idish. En otro relato, Budasoff, muy moralista, lamenta el hecho de que la juventud ya no sigue el camino de los padres, y que como resultado, se ha quedado corrompida y decadente.

Ya se ha escrito mucho sobre César Tiempo, contemporáneo de Gerchunoff. Sin embargo, es imprescindible hacer mención, aunque someramente, de sus características principales. César Tiempo, nacido Israel Zeitlin, defiende la causa de su pueblo; escribe con entusiasmo acerca de las grandes personalidades judías, como, por ejemplo, Yehudá Halevi, Spinoza, Heine y Biálik, pero a veces ha mostrado una actitud acerbamente crítica frente a los judíos ordinarios, por lo que se le ha criticado en los círculos judíos. Se explica fácilmente esta ambivalencia. Espiritualmente, se siente atraído a un ambiente refinado y cultural, un ambiente que abarca a los grandes autores que le inspiran. En cambio, cuando sale de su torre de marfil, se ve rodeado de gente ordinaria, judíos que luchan por la vida en el mundo de negocios, en el mercado, etc., y se siente muy afectado por las dos fuerzas contrarias: el idealismo de los que admira, y el materialismo y la grosería que encuentra en la calle. Y claro, esta ambivalencia se ha reflejado en su obra. Por ejemplo, cuando murió el gran poeta hebreo, Jaim Najman Biálik, Tiempo rindió su homenaje con el poema "Aenga en la muerte de Jaim Najman Biálik."⁸ Y como Biálik mismo lo había hecho antes, Tiempo lo hizo después. Fustiga a los judíos de Buenos Aires; los azota por su indiferencia, su ignorancia, sobre todo cuando se considera su rica herencia cultural. Los versos que siguen ilustran la técnica de contrastes, de la cual se sirve el autor:

El 5 de julio la Associated Press dio la noticia al mundo:
falleció en Viena Jaim Najman Biálik . . .

¡Cuidado con los poetas
cuyos puños golpean sobre las mesas de los verdugos!

Hermanos de Buenos Aires
Nuestro más alto poeta ha muerto . . .

Señores burgueses que infringís todos los Mandamientos

Y estáis los sábados sobre vuestros libros de tapas negras
pasándoles la mano por el lomo a las cifras
para que se alarguen como gatos.

Os he visto en los templos resplandecientes . . .
queriendo sobornar a Dios

que os conoce mejor que vuestros empleados . . .

Gorki dijo que con Biálik el pueblo judío había dado
un nuevo Homero al mundo . . .

—Mamá, ¿me lavo la cabeza con querosén y me pongo
el vestido de rasocleste para ir a la Biblioteca?

—Bueno, querida, y a ver si consigues un novio como
la gente, que ya es tiempo.

Jaim Najman Biálik ha muerto.

Germán Rozenmacher es uno de los jóvenes de nuestra generación. Murió trágicamente en un accidente, hace poco, a la edad de 35 años. Nos presenta una obrita teatral, llamada *Réquiem para un viernes a la noche*,⁹ en la cual

presenciamos el conflicto trágico entre padre e hijo, tragedia perenne, resultado del hecho de que la nueva generación, siendo parte de un grupo minoritario, se siente más atraída en muchos casos a la cultura dominante. El padre, cantor en una sinagoga, observa con dolor el enajenamiento de su hijo de las costumbres ortodoxas. "¿Quieres levantarte contra dos mil años!" exclama. "Es como querer que el sol salga de noche." Pero el hijo, David, se rebela: "Me ahogo, papá, me asfixio, me estoy muriendo aquí adentro . . . Estoy cansado de vivir en el pasado . . . de ser un extranjero" (pp. 45-6). Además, hay otros factores que contribuyen a la amargura del padre. David está escribiendo una novela en lugar de prepararse para una carrera en la universidad, como lo quiere su padre, y para colmo, está enamorado de una muchacha católica.

El hijo quiere desesperadamente hacer las paces, pero el padre queda terco. Y en una escena melodramática, lo despide de la casa. "Fuera de aquí," grita. "Pero te necesito, papá," contesta David. "Necesito que me abracés, que me des un beso, que me des la mano siquiera. No me debes ir así." Pero el viejo sigue: "Hoy se me ha muerto un hijo. ¿Dónde está mi libro de oración?" (p. 48). Lo último es lindo y típico. Hace mucho frío afuera y el padre no puede resistir el último consejo: "Llévate la bufanda" (p. 49).

Samuel Pecar nos ha ofrecido un panorama costumbrista de los judíos de Buenos Aires, unas pocas generaciones después de la migración, es decir, de las colonias a la capital. Describe la problemática judía, las inquietudes de la colectividad, sus conflictos que resultan de una existencia marginal entre dos ambientes, o sea, el argentino y el judío. Y lo hace con un sentido psicológico muy penetrante, compasivo e irónico. Su humor recuerda mucho el de Sholem Aleijem, humorista renombrado de la literatura idish. En *La generación olvidada*¹⁰ tropezamos con los aspectos bien conocidos de la vida cotidiana: el conflicto entre generaciones, el prejuicio anti-judío, la inseguridad psicológica, Israel como solución, etc.

La generación olvidada es un *cri de coeur*, una síntesis de todos los problemas angustiosos que confrontan al joven argentino de ascendencia judía. Es un retrato del ambiente judío de Buenos Aires, un catálogo de tipos y costumbres. ¿Por qué es distinto nuestro comportamiento en presencia de cristianos? se pregunta el protagonista. Este sentido de inseguridad produce tantos complejos antipáticos. El judío marginal flota en el aire. "El ciudadano de dos mundos está en el aire" (p. 199). Natalio insiste que Israel no es la única solución. Ruth, su hermana, se niega a ser bofetada por las consecuencias de su marginalidad. "¿Sabe por qué parto a Israel? . . . Parto porque quiero vivir bajo un cielo al que pueda decir por fin ese 'nuestro' que a mis padres les fue vedado durante siglos." Pero al mismo tiempo, como testimonio de la ambivalencia de la cual sufren otros tantos como Ruth, exclama ella: "Quiero a la Argentina. Y le debo mucho. Ella me ha enseñado a ser libre, nada menos" (p. 222).

Pecar se encuentra hoy día en Israel. Ese país ha ganado un buen autor. Lástima que la Argentina lo haya perdido.

Marcos Soboleosky tiene como tema central el problema de matrimonios mixtos (*Enfermóse la vid*),¹¹ y las desavenencias que resultan. La figura tal vez más simpática de la obra es la de un cura que comprende la tragedia de Ezequiel, y condena a Ana, la esposa católica, por su fanatismo y prejuicio. Un tema secundario es el conflicto trágico que se desenvuelve dentro de Ezequiel mismo: quiere convertirse al cristianismo, pero su herencia judía no lo permite. Su tragedia consiste en su enajenamiento del judaísmo. Su contacto con la religión siempre ha sido intelectual. Quiere creer, pero no sabe cómo. Se siente atraído al cristianismo por curiosidad. No tiene fe, o mejor dicho, no tiene fe en la fe. El cura lo expresa muy bien cuando le explica a Ezequiel por qué éste no puede ser católico: "No se puede ser católico con fe, si uno ha sido judío sin ella" (p. 118).

*La mitad de nada*¹² es una condenación vitriólica del antisemitismo argentino. El autor, Samuel Tarnopolsky, nos presenta un trozo de la vida estudiantil por medio de las experiencias de un grupo de jóvenes—amigos todos—el que va fragmentándose poco a poco, gracias a las actividades de "Tacuara," la organización antisemítica. Alejo Córdoba, el narrador, cuenta los sucesos que tienen lugar en un colegio secundario: los comienzos de la tirantez entre los alumnos católicos y los judíos; el comportamiento patriotero del profesor Leguizamón, rosista y nativista; los ataques de Leguizamón contra el joven Braunstein, quien admira a Sarmiento. Otro aspecto de la novela trata de las discusiones ideológicas entre los dos judíos, Braunstein y Michelson, los que representan dos puntos de vista contrarios: uno que es indiferente al judaísmo, el otro, sionista entusiasmado. Córdoba, estudiante católico, observa y escucha: las discusiones interminables, el atentado contra Braunstein, la indiferencia cínica del gobierno frente a las actividades nazistas. Bien podría intitularse esta novela: "La educación de Alejo Córdoba."

Tarnopolsky hace bien al evitar los extremos en la caracterización de sus personajes. No son sionistas todos los judíos, ni miembros de "Tacuara" todos los católicos. Un sacerdote que aparece en la obra es partidario de la organización antisemítica; otro está en contra.

Michelson trata de convencer a Braunstein que vaya a Israel con él. Pero éste no comparte su entusiasmo. Al judaísmo de Braunstein le parecen faltar elementos positivos. Es judío sólo porque tiene que luchar contra el antisemitismo, lo que hace con dignidad. Está resignado a su condición de doble personalidad—medio judía, medio argentina. Los judíos le interesan únicamente como seres humanos. En cambio, Michelson, mucho más apasionado, exclama: "Soy judío. Quiero serlo. Les dimos Cristo, nos devolvieron Hitler... dijimos Heine, contestaron Horst Wessél; pusimos Spinoza, corrigieron Gobineau... ¿Por qué me voy a asimilar? ¿A qué me voy a asimilar?" (p. 308).

Gerardo Mario Goloboff, nacido en la provincia de Buenos Aires, y actualmente profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Toulouse, utiliza una técnica experimental. Su novela¹³ comparte muchos

rasgos con la novela contemporánea, como, por ejemplo, testimonio autobiográfico, utilización del sueño, "flash-back," diálogo dramático, monólogo interior, falta de puntuación, poesía lírica, y cambios de plano espacial y temporal. Todos estos elementos dentro de la misma obra sirven para reflejar la confusión y la inseguridad del protagonista principal que lucha sin éxito por ajustarse a su ambiente. La novela tiene su comienzo en la Rusia de fines del siglo XIX, y termina—Herman está narrando—en presencia del cadáver de su hijo, el cual ha sido asesinado por los militares. A Herman ya no atrae el movimiento revolucionario: su hijo es testimonio elocuente. En cuanto al problema judío: ni Israel, ni la asimilación. No se siente cómodo en la Argentina. Marta, su esposa, y Nora, su querida, representan Argentina e Israel, respectivamente. "...Marta es este país que nunca entendí ni me comprendió. Y con el que por más que quiera, no podré fusionarme... Nora, el mito para escapar de la cueva, un sueño irreal todavía porque fue inventado para huir de la desesperación" (p. 225).

Herman parece totalmente desorientado. "No reconozco mi origen, nunca tuve una tierra donde pisar" (p. 229). ¿Ideales internacionales? ¿Hombre universal sin fronteras? En eso había creído Herman antes, pero ahora se le ha muerto cada chispa idealista. "¡Misticismos!" exclama. "Una vez en el poder hasta los mejores internacionalistas defienden con uñas y dientes su propia nación por sobre todas las teorías" (p. 229). ¿Qué me queda? pregunta con desesperación. Y Giacobe, su amigo italiano, trata de consolarle. "Lo nuevo, Herman. La lucha por lo nuevo" (p. 231). Pero Herman está destrozado. Su hijo muerto fue para él "lo nuevo que surge en esta vida" (p. 236). Sin embargo, el autor termina en una nota vagamente optimista. En la última escena aparece una visión profética, la del abuelo, viejo talmudista, que trata simbólicamente de fundir los dos anhelos: un Israel que vive en paz, y una Argentina progresista. "¿Habrà alegría y paz?" se le pregunta. "Algún día," contesta el viejo, "que está demasiado lejos" (p. 257).

Mario Szychman utiliza una técnica parecida. En *Los judíos del mar dulce* y *La verdadera crónica falsa*¹⁴ tenemos la misma reconstrucción de sucesos del pasado a través de una serie de reminiscencias. Bernardo intenta descubrir y desenterrar las circunstancias que han rodeado la muerte de Natalio, su padre, fusilado por sus actividades socialistas. El lector se enfrenta con una técnica novedosa: un proyector que presenta una película, la que bien podría llamarse: "Del zar hasta Perón: tres generaciones de una familia judía."

Szychman hace uso de la técnica psicoanalítica del recuerdo para ofrecernos una galería de tipos, muchos de ellos groseros y antipáticos, resultado de la lucha por la vida, lucha fea y repugnante. En demasiados casos la lengua que hablan refleja la grosería: dicho sea de paso que las palabras y expresiones parecen ser presentadas con gran gusto por el autor. La sátira quevedesca es un ingrediente esencial en el desarrollo del argumento. Por ejemplo, Perón es químico "porque transformaba la plata en mier-

da.¹⁵ Mar del Plata se convierte en "Mar del Blote" (*blote* significa "lodo" en idish).

Mario, viejo militante, recuerda las conversaciones sostenidas con su amigo, Natalio. Estas tocan el problema judío, y las actitudes de Natalio que van cristalizándose frente a sus conflictos interiores. Natalio se había cansado—recuerda Mario—de cuidarse de todos porque era judío; cansado de sentirse vigilado, de portarse mejor que los demás. "Por más que quiera, no puedo sentirme cien por cien argentino," había dicho. "Siempre hay algo que me frena."¹⁶

En pro de la Unión Soviética al principio, Natalio pronto se hace anti-comunista después de que Stalin decreta la muerte de los médicos judíos. Como ocurrió en muchos casos, se vuelve más sentimental al envejecerse, y "su admiración por el socialismo se transformaba en el sueño de viajar a Israel."¹⁷ "Tenemos a Israel," siempre decía, "para que no se repita Treblinka."¹⁸

Bernardo pasa siete años reuniendo los hilos históricos de la familia, una historia de cincuenta años. Y al final de estos siete años, se ha envejecido tanto Bernardo, que está dispuesto a morir. Ha descifrado, por medio de documentos y testimonios personales, la historia de la ejecución de su padre.

Si se nos ocurriera comparar a Szichman con los autores de la primera época de inmigrantes, por ejemplo, con Gerchunoff, tendríamos que decir que el contraste es formidable. Gerchunoff estaba muy agradecido; cantaba una loa a su nueva patria. Szichman, en cambio, araca y destruye: mitos, costumbres, sentimientos. David Viñas lo ha llamado "insolente"¹⁹ y representativo de una literatura judía del Tercer Mundo, si cabe este concepto.

De todos los autores judío-argentinos contemporáneos, el más renombrado es Bernardo Verbitsky. Basta contentarnos en este breve resumen con la mención de uno de sus últimos libros, tomo de más de 500 páginas, y titulado *Etiquetas a los hombres*.²⁰ Aquí se trata de una verdadera odisea de un escritor judío-argentino que viaja a Israel, la Unión Soviética, Roma y París, en busca—puede decirse—de su identidad. El lector se pregunta si hay elementos autobiográficos en esta obra. ¿Verbitsky trata de sintetizar dos corrientes, por lo visto, antitéticas? ¿Su judaísmo con su izquierdismo? El autor dedica su novela "a la memoria de los combatientes árabes y judíos muertos en una guerra que el mundo debió evitar y cuya reanudación tiene la obligación de impedir." Cherniacoff, el protagonista, está en contra de toda clase de fanatismo: contra los comunistas que son anti-Israel, y también contra los sionistas que son enemigos de la Unión Soviética. Las discusiones siguen sin terminar: en Moscú, Tel Aviv, París, y Buenos Aires. Siguen también sus experiencias traumáticas en cada país. Lo que el mundo no puede tolerar, piensa Cherniacoff, es que los judíos ya no desempeñen su papel histórico, el de víctima pasiva. En Israel se

encuentra con terroristas israelíes, con izquierdistas árabes que buscan la destrucción de Israel, y con radicales israelíes que quieren llegar a un acuerdo con los árabes. En la Unión Soviética observa que se les rinde homenaje a muchos escritores mediocres, sólo porque son miembros del Partido. También se queda anonadado al enterarse de la "liquidación" de los escritores judíos en el país que para él siempre había representado la lucha contra el nazismo.

El lector llega finalmente al clímax de la obra voluminosa. Cherniacoff discute el problema judío con David, su yerno futuro. Este, universitario militante, decide ir a Israel porque allí podrá defender el derecho de los judíos a existir, y seguir una línea revolucionaria al mismo tiempo. "Acá [en Argentina] sí luché por el cambio, podría llegar a estar también contra los judíos" (p. 384). ¿Es necesario ser partidario de la causa árabe, participando en su campaña de odio contra Israel, para ser un buen socialista? Daniel no lo cree:

La existencia de Israel no amenaza la del mundo árabe y no obstaculizará ni retrasará la revolución en el Cercano Oriente. Al contrario, la apresura. Tampoco retrasará la de Latinoamérica. . . La desaparición de Israel, en cambio, significará un retroceso para la humanidad. Quiero contribuir a evitarlo. (p. 366)

En otras palabras, he aquí otra perspectiva: apoyo a Israel desde el punto de vista revolucionario.

El título de este libro bien pudiera haber sido "La educación de un autor judío." Verbitsky, "el novelista de Buenos Aires," ha producido una obra panorámica. Más que una crónica de viajes, parece una crónica interior de un escritor que no puede huir de su yo judío. Es una "toma de conciencia."

Mucho más se pudiera agregar a estas observaciones: más nombres, más títulos, más temas. Como, por ejemplo, el dramaturgo Samuel Eichelbaum, o Samuel Glusberg, mejor conocido como Enrique Espinosa. La lira de Carlos Grünberg vibra al son del dolor de su pueblo. En su poema "Circuncisión,"²¹ por ejemplo, se dirige al recién nacido, diciéndole que la sangre que va perdiendo ahora es sólo el primer plazo. Lázaro Liacho busca una síntesis entre la argentinidad y el judaísmo, y nos ofrece algunas viñetas fantásticas que versan sobre el tema del Holocausto. Marcos Aguiñes y León Pérez están preocupados por el impacto que ha hecho el Estado de Israel. Verdad que no todos los escritores mencionados en este ensayo actúan en la primera fila de la literatura hispanoamericana, como es el caso, por ejemplo, de los que han iniciado el "boom" contemporáneo. Es muy posible que el temario mismo del cual se han ocupado constituya un obstáculo para la publicidad abrumadora que ha caracterizado a sus colegas más renombrados. Pero no queda la menor duda de que este grupo de autores judío-argentinos ha contribuido a todos los géneros literarios de su país, y enriquecido la literatura del continente. Valdría la pena dar a conocer más a fondo su aporte valioso a nuestros estudios.

McGill University

¹ Este artículo es parte de una obra más extensa en preparación. Quisiera agradecer al escritor Egon Friedler de Montevideo, y a la Sociedad Hebrea Argentina de Buenos Aires, por sus sugerencias valiosas y la ayuda que me ofrecieron con tanta generosidad.

² Ver Boleslao Levin, *La colectividad judía en la Argentina* (Buenos Aires: Almazor Editores, 1974).

³ Ya han aparecido varios artículos que tratan de la obra de algunos autores. Ver, por ejemplo: Sara Jaroslavsky de Levy, "Alberto Gerchunoff: vida y obra," *Revista Hispánica Moderna*, 23 (1957), 205-57; Donald D. Walsh, "César Tiempo," *Hispania*, 29 (1946), 197-205; Theodore Apstein, "Samuel Eichelbaum, Argentine Playwright," *Books Abroad*, 19 (1945), 237-41.

⁴ Juan José Sebreli, *La cuestión judía en la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1968), pp. 229-30.

⁵ Octava ed. (Buenos Aires: Aguilar, 1975).

⁶ José Barchilón *Gerchunoff-Bufano*. (San Juan: Editorial Sanjuana, 1973), p. 15.

⁷ Buenos Aires: Ediciones Mosaicos, 1962.

⁸ En *Sábadomingo* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1966), pp. 42-5.

⁹ Segunda ed. (Buenos Aires: Talía, 1971).

¹⁰ Buenos Aires: Editorial Candelabro, 1958.

¹¹ Buenos Aires: Ediciones La Rreja, 1957.

¹² Buenos Aires: Editorial Candelabro, 1969.

¹³ *Caballo por el fondo de los ojos* (Barcelona: Planeta, 1976).

¹⁴ *Los judíos del mar dulce* (Buenos Aires: Editorial Galerna, 1971); *La verdadera crónica falsa* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972).

¹⁵ *Los judíos . . .*, p. 200.

¹⁶ *La verdadera crónica . . .*, p. 65.

¹⁷ *La verdadera crónica . . .*, p. 60.

¹⁸ *La verdadera crónica . . .* pp. 60-1.

¹⁹ *En la solapa de Los judíos . . .*

²⁰ Barcelona: Planeta, 1972.

²¹ "Circuncisión," en *Mester de judería* (Buenos Aires, 1940).